

## LA EVANGELIZACION INCULTURADA EN EL MUNDO POSTMODERNO

Agradezco el honor que me brinda el Instituto de Estudios Teológicos de participar en esta Jornada de reflexión teológica con una ponencia que intenta responder a una temática frecuente en el magisterio del Santo Padre Juan Pablo II y que ha sido también una preocupación constante en todos los años de mi ya largo ministerio episcopal, pues me ha correspondido participar desde su origen – hace ya más de 20 años – en la Comisión Episcopal para la cultura, pedida expresamente por la Santa Sede a consecuencia del Concilio Vaticano II, la que primero se denominó para el Diálogo con los no creyentes y se convirtió más tarde en la Comisión "Fe y Cultura". En varias ocasiones pasadas he tenido la oportunidad de participar en algunos de los encuentros que sobre este mismo tema ha celebrado el CELAM en América Latina, como también de contactar al actual Consejo Pontificio para la Cultura, con sede en Roma.

Díríase que ha sido justamente en el diálogo con sectores no-creyentes, en particular con los pensadores marxistas cuando tenían más presencia e influencia que en el presente, que los pastores, filósofos y teólogos católicos han sido llevados a tomar en serio la cultura del mundo. Han hecho así análisis acerca de la vida concreta de los pueblos, atención a los valores y antivalores que surgen en sus respectivas historias, han auscultado las aspiraciones y las frustraciones que estallan en confrontaciones demasiadas veces cruentas y dolorosas, han medido la influencias que ejercen en sus conductas los artistas, escritores, pensadores, comunicadores sociales, dirigentes sociales y políticos, actores, deportistas, cantantes, y demás "ídolos" que la cultura, tanto la popular como la sabia, erigen para entrar, absorber y ocupar un sitio, enorme o reducido, que los portadores de la Fe cristiana, se ven forzados a compartir, pues aunque no sean del mundo, están en el mundo.

Se trata pues del Diálogo de la Fe con las culturas. Es una vocación tradicional y constante, que bien puede decirse ahora que prolonga el antiguo proyecto anselmiano "*Fides quaerens intellectum*", la Fe **buscando a la inteligencia**. Este proyecto no queda traicionado si se propone ahora "buscar las culturas". "Buscar ante todo a la Cultura en singular, si se entiende por ella la cultura de la humanidad, de la humano o humanitario, con esa rica significación que reconoce en "lo humano" no un simple abstracto y universal, sino la naturaleza concreta (un "universal concreto" diría Hegel) emanada de las manos de Dios el sexto día de la creación y lanzada por los caminos de esta tierra a existir histórica y dramáticamente a la conquista de su "estatura perfecta".

Buscar también las culturas particulares, pues ésas son las que existen en concreto aquí y ahora, tanto en la Palestina de la ocupación romana en el siglo I, como la cultura griega dispersada en el oriente por las conquistas de Alejandro Magno, como la culturas llamadas "paganas" o "bárbaras" de las migraciones caídas sobre el Mediterráneo, con incesante evolucionar entre guerras, desmalezamientos, viajes exploratorios, invasiones de ida y de vuelta, a través de todo lo cual la Historia va develando un sentido por el que la Fe de los creyentes tiene no pequeño interés y atención.

La presencia de las culturas en la historia es lo que evita que ésta sea un mero relato de fechas, nombres de personas, relatos de acontecimientos, juegos de pasiones, *seguidilla* de construcciones y de ruinas, pasos efímeros de grandes hombres, héroes y santos que desfilan en procesión ante nuestra mirada de observadores curiosos, pronto arrastrados también por el torbellino fatal. Gracias a las culturas, la historia cobra un **sentido**. Un sentido humano puesto que los hombres son los personajes que juegan, recuerdan, piensan y

escriben. Pero un humanismo de **cultura**, es decir, de lo que queda en gran permanencia, que se cultiva a través de las generaciones, de lo que se comunica como un bien que enriquece y da gozo, y casi diría como una misteriosa presencia con la que se siente una relación, un deber, un **culto**. ¿No tiene en verdad toda auténtica cultura el estilo y la fuerza de un culto?

Mis reflexiones generales no han de hacerme olvidar que para cumplir la tarea anunciada debo tratar acerca de la inculturación del Evangelio en el mundo post-moderno. Comenzaré por este último punto, el de la postmodernidad, que es como un campo, a mi humilde entender, poco cultivado todavía y lleno de malezas y pastizales. En un segundo punto propondré algunas reflexiones acerca de la tarea evangelizadora proyectada desde la institución Iglesia Católica. Por último intentaré algunas dilucidaciones acerca de complejos problemas en que nos encontramos en la actualidad.

## 1. MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD

La terminología que ha comenzado a distinguir los tiempos modernos de los postmodernos, está lejos de ser unánime en sus significaciones. Puede decirse en general que hay *grosso modo* al menos dos visiones de la modernidad y otras dos de la postmodernidad.

\*Hay una visión **positiva** de la modernidad y otra más bien negativa. En el origen y etimológicamente, "*moderno*" significa *hodierno*. Es lo actual, con frecuencia es apreciado como mejor que lo anterior, más perfecto que lo antiguo, gracias a la subyacente creencia en el realidad del progreso, no obstante el nostálgico verso de Manrique: "como a nuestro parecer todo tiempo pasado fue mejor". Pero en los parámetros comparativos a los que los jóvenes recurren de preferencia, ciertamente que lo moderno, en muchos órdenes de cosas, se aprecia como más perfecto. "Modernizar" es una consigna para progresar, para perfeccionar, para hacer más placenteros y eficientes los instrumentos que emplean las ciencias, las artes y las técnicas.

La calificación positiva de la modernidad proviene en efecto del desarrollo de la razón, de las ciencias, del cambio social consecuente a las ideologías de la libertad: racionalismo, positivismo, cientismo, liberalismo, capitalismo, el siglo de las luces y el secularismo, juzgados generalmente como antecedentes de una mejor calidad de vida.

Esos mismos caracteres son vistos como **negativos** por otros analistas cuyo pensamiento y mentalidad puede tener bastante afinidad con los medios sociales e ideológicos en el que el catolicismo ha jugado un rol importante. Si bien, hay que reconocer que los pensadores cristianos desde hace más de un siglo no han concentrado unánimemente sus dardos contra la modernidad, habiéndose reconocido que no todo es malo en los tiempos modernos y que la teología no puede sentirse cómoda con una visión pesimista o satanizada de la modernidad. Ello no impedirá que al interior de los sectores sociales influidos por el catolicismo persistan actitudes mentales de mueca y sospecha respecto a la modernidad, actitudes que pueden asumir diferentes grados de intensidad, entre los resignados tolerantes y los que han recibido etiquetas de conservadores o integristas.

\*Quienes emplean ahora los términos de "postmoderno" y "postmodernidad" están lejos también de convenir en significaciones unívocas. Para unos, lo postmoderno apunta a todo aquello que quiere justamente corregir los caracteres que prevalecieron en los tiempos modernos. Preferirán, entonces, representar el reclamo por aquello







